

La cultura del territorio (la naturaleza contra el campo)

Fernando Parra



...En aquel Imperio, el Arte de la Cartografía logró tal Perfección que el mapa de una sola Provincia ocupaba toda una Ciudad, y el mapa del imperio, toda una Provincia. Con el tiempo, esos Mapas Desmesurados no satisficieron y los Colegios de Cartógrafos levantaron un mapa del Imperio, que tenía el tamaño del Imperio y coincidía puntualmente con él. Menos Adictas al Estudio de la Cartografía, las Generaciones Sigüientes entendieron que ese dilatado Mapa era Inútil y no sin Impiedad lo entregaron a las Inclemencias del Sol y de los Inviernos. En los desiertos del Oeste perduran despedazadas Ruinas del Mapa, habitadas por Animales y Mendigos; en todo el País no hay otra reliquia de las Disciplinas Geográficas.»¹

1

Voy a tratar de explicar brevemente cómo un mito, la Naturaleza, así, con mayestáticas mayúsculas, ha terminado por sustituir una realidad que debería ser obvia, como el campo; es decir, como se ha convertido en su imprevisto enemigo o al menos en su suplantador.

Comenzaré con una analogía próxima: en el más que rancio debate entre los partidarios de la herencia (los genes) y los partidarios del ambiente para explicar características esenciales de los seres humanos hoy en día ha quedado claro que los genes, que condicionan no sólo la apariencia externa sino también la personalidad y hasta las preferencias vitales, actúan canalizando ese entorno que les afecta y al que afectan. Así que no hay tal dicotomía sino un sistema holístico del que el genoma forma parte. Igualmente, la alternativa hombre o naturaleza es una dicotomía estéril y superada. Este planeta, el único del que disponemos, puede ser cabalmente entendido en su funcionamiento global físico-ecológico sin osos pardos o ballenas azules, sin secuoyas o hayas, pero no sin bacterias —los organismos más exitosos que nunca hayan existido, hasta el punto de ser capaces de ingresar en el sistema la energía electromagnéti-

¹ Jorge Luis Borges. Del rigor en la Ciencia en *El hacedor*, *Obras Completas*, tomo II, página 225. La cita es completa, sin abreviar, con la peculiar grafía y uso de mayúsculas de su autor.

ca, de procesarla, consumirla y cerrar los ciclos de materiales implicados— y sin el hombre, el animal más capacitado para transformar radicalmente el espacio.

De lo anterior se desprende que allí en donde los seres humanos han habitado persistentemente, han modificado el ambiente de forma radical, a veces armoniosamente, como en los sistemas agrosilvopastoriles de las dehesas o en los de montaña, a veces insosteniblemente, como en los actuales ecosistemas costeros. Por tanto, salvo en las regiones boreales más extremas y algunas ecuatoriales los paisajes «naturales» (nótese las comillas escépticas) no son otra cosa que los «éxitos» de esa relación, los resultados de la lenta y armoniosa interacción de las poblaciones humanas con su entorno, al que llamamos «la naturaleza». La idea perniciosa es la de que la naturaleza es aquello que el hombre encuentra ya «hecho», al margen de su voluntad y de sus deseos. Evidentemente, la naturaleza de la materia, la termodinámica o las leyes físicas entran dentro de esta consideración, pero jamás, precisamente, lo que habitualmente se llama naturaleza hoy en día.

El paisaje es un *fenosistema*, es decir, una morfología que muestra sólo en parte un sistema oculto, un *criptosistema*—llámenlo ecosistema si gustan— de relaciones subyacentes, «fisiológicas» que explican esa apariencia conspicua, paisajística. En esas relaciones que ligán materia, energía e información, los elementos más fundamentales son, ya digo, las bacterias, que podrían bastarse a sí mismas, puesto que las hay que ingresan la energía del espacio exterior, las fotosintéticas, y las que cierran el ciclo de materiales tornando al *pool* del reservorio inorgánico los materiales empleados en ese ciclo de materia que, como una rueda de molino, mueve la «corriente» energética. El otro elemento más relevante, aunque todos lo sean, es la actividad humana, con su inmensa capacidad de organizar el espacio—el territorio— y de modificar los flujos de materia y energía a través del canal de la información.

Uno de los paradigmas de esa interacción son los paisajes de montaña europeos; esos paisajes que protegemos o pretendemos proteger son resultado de determinadas condiciones litológicas, climáticas, edafológicas, biogeográficas, pero sobre todo y finalmente de la secular interacción del hombre con sus ganados. Digámoslo una vez más: los paisajes «naturales» de

montaña, incluidos los de la alta montaña son una resultante pastoril. La conclusión primera es obvia: si pretendemos mantener esos paisajes justo como los encontramos y por lo que los apreciamos, debemos preservar igualmente sus condiciones de mantenimiento, su fisiología y no sólo su anatomía, esto es, los usos ganaderos tradicionales; en caso contrario esos ámbitos «evolucionarán» en sentidos insospechados, pero siempre distintos de los actuales. Pondré un ejemplo de la historia europea reciente.

En la Alemania de comienzos del siglo pasado se intentó proteger el paisaje de sus poetas románticos, los coloristas brezales que cantó Goethe,² así que se tomaron las medidas oportunas de declaración y se proscribió la extracción de turba que practicaban desde antaño los lugareños para proveerse de combustible y material de construcción. Al poco tiempo el brezal, sin la presión explotadora sobre la ácida turba, fue evolucionando hacia un abedular y bosquetes de madera blanda que tanto abundan en el resto del país donde no existen... extractores de turba. Con el tiempo hubo de corregirse el error y funcionarios aplicados sustituyeron a los antiguos campesinos expulsados. Siempre excluir al hombre del sistema natural, oponiéndolo a él, es condenarse a no entenderlo, sea en las sabanas del Serengetti y sus fuegos controlados o en la antropología total de la foca y la ballena en los territorios árticos.

En muchas de nuestras ciudades más hermosas, desde Venecia a Santillana del Mar o el casco antiguo de Cáceres, personas sensibles han pretendido su protección, y en la mayoría de los casos lo único que han conseguido es crear parques temáticos (cuyo «tema» es Venecia, Santillana del Mar, etc.) transitados por miríadas de turistas y desprovistos de su anterior vida. Esto es taxidermia, no conservación. Lo cascos históricos se preservan protegiendo y fomentando las actividades urbanas que les dieron origen. De igual forma el campo, mal llamado

² Este ejemplo, como tantas otras cosas de mi formación donde abundaron los profesores pero escasearon los «maestros», se lo debo a uno de esos pocos, el ecólogo Fernando González Bernáldez, prematuramente fallecido, que gustaba mucho de él. El espacio protegido al que se alude es el de Luneburger Heyde.

naturaleza, se conserva no disecándolo e incluso persiguiendo a sus forjadores, sino manteniendo su funcionamiento. La mera conservación es insatisfactoria (taxidermia) porque trata de conservar o reconstruir el paisaje de ayer apreciado al momento de hoy sin poner en cuestión esas condiciones de hoy ni restablecer las de ese ayer.

No debemos olvidar que el territorio se protege «para» los hombres, pero fundamentalmente se protege «de» los hombres, su principal amenaza en forma de avalanchas de visitantes. La clave está en determinar qué hombres, o mejor qué actividades promover; precisamente la generación de afluencias masivas de visitantes inexpertos que se concentran en determinadas épocas del año y la simétrica expulsión de sus guardianes permanentes los campesinos (o los habitantes tradicionales de los barrios urbanos) no es la mejor forma, sino la más segura para iniciar su inexorable declive. Convertir el Serengetti en un safari park o Daimiel en un estanque de patos no es precisamente un éxito.

Se me podrá argüir la sagrada economía, la inviabilidad de los procesos productivos antiguos frente a la rentabilidad de la explotación turística, pero es fácil desmontar esos argumentos que siempre invocan la inmediatez. La clave está, precisamente, en la cuarta dimensión, el tiempo, «t», de los modelos económicos al uso. Si lo tenemos en cuenta, vemos que la perdurabilidad de la explotación del sistema pasa por su gestión sostenida, por su mantenimiento, y eso sólo es posible preservando su función original aunque se le añadan nuevas. Como las inevitables y controvertidas visitas. Y todo ello sin olvidar que entre los economistas (al uso) y el mundo real se levanta como un muro su billetera, que a veces ocupa además el lugar del cerebro, por lo que es preciso dar algún rodeo para llegar a lo esencial. Por otro lado, los economistas son en esto como el resto de los expertos, siempre tratando de extraer rayos solares de los pepinos para encerrarlos en botellas, como refería el sar-

cástico Swift, por intermedio de Gulliver, de los voluntaristas lapitanos.

Nuestros campos inundados de espacios naturales protegidos, de «Naturaleza» y huérfanos de sus verdaderos guardianes, el campesinado, pero transitados por desinformadas e inexpertas miradas de visitantes urbanos, genera desequilibrios y problemas sin cuento. Ya lo sé: la cultura campesina está en trance de desaparición, lo cuentan desde Miguel Delibes a John Berger, por citar sólo novelistas.³ Pero la sustitución de esos gestores espontáneos, bien armados de tradiciones de explotación, por gestores administrativos, huérfanos de directrices bien englobadas en un todo, crea un vacío que nadie hasta ahora ha sabido llenar. Si desaparecen los buitres de un macizo montañoso, que me disculpen los zoólogos, pero no hay que reclamarles auxilio a ellos, sino a los pastores que con sus ganados formaban un inextricable modelo armonioso de funcionamiento global.

Créame, es más fácil dictaminar como consumir territorio (turismo o urbanización) que como mantenerlo, no digamos crearlo. Las administraciones actuales sólo saben hacer lo primero más o menos bien. Por su parte, el reduccionismo científico, que tantos éxitos (casi todos) ha proporcionado en tecnología y otros campos, poco puede asesorar en estos complejos intrínsecamente holísticos, en el que el todo es bastante más que la mera suma de partes (suponiendo que hayamos detectado todas) y más relevante aún es la misma relación entre esas partes. Tienen entonces esos expertos —que por definición, tienen también el vicio de traer pensadas las cosas complejas de antemano, por eso son «expertos»— la manía de confundir sus precarios modelos, necesariamente simples o más bien simplificados, con la realidad, esto es, tienden a confundir el mapa («su» mapa) con el territorio y también la actitud de intimidar a los profanos, justo un poquito antes de que aparezcan puntuales los imprevistos. En ese sentido son como todos los sectarios: no tienen juicio porque abordan los problemas con prejuicios, manteniendo el relato preestablecido. El experto, que va de eso, expulsa el Principio de Realidad con el Principio de Autoridad. La vieja barbarie del especialista.

La transformación más celérica y radical que ha sufrido este país, su modernización, ha consistido en vaciar demográficamente los territorios rurales, agrarios, ganaderos y

³ *La literatura, cuando lo es de verdad, también es una forma de conocimiento, a menudo más certera que otros modos más académicos. La trilogía de La Tierra de John Berger o las novelas castellanas de Delibes, como Las Ratas son, además de obras de arte, auténticos manuales de ecología rural., que narran la desaparición de toda una cultura, la campesina europea.*

silvícolas, generar una emigración masiva a una serie de ciudades y sobre todo al litoral y pretender aprovechar ese atolón poblacional, esa desertización humana más que climática para crear espacios naturales que son decorados taxidérmicos, belleza disecada donde ya no existen sus mantenedores, los campesinos. Los guardeses oficiales, la guardería y los técnicos han procurado contener esa avalancha de visitantes que la expectativa de «naturaleza» sustituyendo a los antiguos campos ha creado, pero en vano. Sólo nos queda intentar resucitar al moribundo, volviendo a incorporar al sistema al elemento esencial ausente: si quieren contemplar rapaces mire a su alrededor a ver si también hay rebaños.

Quizá parte del problema resida en la confusión existente entre tres conceptos relacionados, los de información, conocimiento y sabiduría. Actualmente disponemos de mucha información, no homogénea ni equivalente en todos los ámbitos relacionados en asunto tan intrínsecamente complejo. Igualmente, hemos avanzado en el conocimiento, esto es, los saberes relacionados con el mundo físico, externo, pero cada vez hay menos sabiduría, es decir, aplicación de lo conocido a la vida cotidiana. Los viejos saberes empíricos de la cultura campesina sabían hacer, aunque no supieran por qué lo hacían (el fundamento que da a la sabiduría el conocimiento científico reglado). De todas formas, convendría recordar lo que decía Schopenhauer para explicar por qué es más difícil ser filósofo que físico, ya que el cometido del auténtico saber no es tanto ver lo que nadie ha visto todavía, cuanto, ante lo que todo el mundo ve, pensar lo que nadie ha pensado aún.

Si alguna justificación tiene hoy el concepto de cultura es el que defienden algunos antropólogos como una suerte de «ecosistema» total de los saberes de una sociedad para instalarse adecuadamente en un entorno. Eso es lo que hemos perdido y lo que no hemos sustituido por nada, salvo por listas cada vez más exhaustivas de especies (información) o por modelos más o menos sofisticados, pero huérfanos del factor humano de los sistemas (conocimiento). Los nuevos monasterios de esta nueva «Edad Oscura» (Tecnosiniestra) son las burocracias ambientales, que atesoran la información, la copian y repiten, la editan y publican, pero desconectados de los saberes reales allende sus muros. Hay que sustituir los horarios rígidos de los fun-

cionarios por el calendario vivo de los campesinos, el mapa por el verdadero territorio.

Necio, del latín *Nescius*, es el que carece de ciencia, el que no sabe lo que debería saber, es decir, el ignorante por partida doble porque no sabe que no sabe, y nuestros expertos desgraciadamente están muy lejos de aplicarse a sí mismos la máxima socrática. Además, una ciencia que insiste altanera (sobre todo cuando mira por encima del hombro la sabiduría popular) en poseer el único «método» correcto de obtención de verdad y, por ende, los únicos resultados aceptables es ideológica, como señalaba el epistemólogo Feyerabend.

Por el contrario, una cultura del territorio, similar a la que algunos críticos de la gestión hidrológica reivindican para el agua, es esencial. Como mimbres para ese cesto tenemos la urgente transcripción en términos universales (científicos) de los viejos saberes en extinción; ésa sería la honesta y modesta pero difícil función de los científicos territoriales. Y manteniendo la alerta constante de que aún no «sabemos» lo suficiente para sustituir hábilmente las viejas culturas en retroceso. Así que, defendamos los quebrantahuesos, pero sin fastidiar a los pastores que son condición *sine qua non* para aquellos. Como escribí hace años: defendamos las catedrales (los bosques de secuoyas, los pandas gigantes), pero sin fastidiar las ermitas, es decir, nuestros campos que ahora algunos necios llaman naturaleza. El dilema no puede estar entre los Espacios Protegidos (vanamente, o sólo desde los Boletines Oficiales y además sirviendo como coartada para destruir el resto de territorio no explícitamente protegido) y la Protección del Espacio, de todo el espacio.

Hemos convertido a los campesinos, verdaderos guardianes de esa naturaleza prosaica, la única que tenemos, en mendigos —mendicantes de las ayudas europeas—, no convirtamos, siguiendo tan perversa lógica, el modelo, necesariamente simplista, de los expertos, obligadamente simplificadores, en usurpador de la compleja realidad para acabar a su vez éste convertido, como decía el irónico Borges, en tristes ruinas habitadas por animales (¿buitres?) y mendigos, perdón, pastores. En cuanto a los nuevos administradores del territorio, los expertos administrativos, que deberían tender puentes con esa cultura en extinción para construir una nueva, yo les pediría, remedando el poema de «Vita Beata» de Gil de Biedma que no se limiten a vegetar, «como nobles arruinados entre las ruinas

de su inteligencia», sobre todo por que esa facultad nos da a la mayoría sólo para unos pobres escombros; empiecen por salir de sus despachos, vayan al campo. En esto de la naturaleza, -ahora aceptaré el dichoso término-, todos hemos pasado poco a poco de observadores a defensores; el problema es que muchos no han aprendido aún a mirar.

Es infinitamente preferible caminar con una duda que con un mal axioma, y no mostrarse tan apegados a los modelos teóricos imperantes, recordando el viejo chiste del pastor que preguntado sobre un improbable destino le contestó al urbanícola perdido: «no conozco exactamente el camino, pero si fuera usted, no empezaría desde aquí». Tengamos pues el Principio de Cautela bien presente como dijo Benjamín: «La previsión es el uso más propiamente humano del intelecto». Y ya que estamos de citas no olvide el improbable lector que «la ciencia es para los que aprenden y la poesía para los que ya saben», lo afirmó paradójicamente un párroco sagaz hace muchos años. Así que sólo me resta añadir que los humildísimos líquenes son el más lento telegrama de la tierra para terminar con una pregunta: esto último ¿les parece ciencia o poesía? (¿Ya sabemos o aún estamos aprendiendo?). Quizá convenga ahora recordar un proverbio senegalés, pero que tiene versiones en todas las culturas: «*Cuando no sepas adónde vas, date la vuelta y mira de dónde vienes.*»

* * *

—¿Y la naturaleza creó el campo al igual que el hombre creó las ciudades?

—Más o menos, sí.⁴

2

La cultura del territorio, término que puede sugerir una mezcla de antropología y ecología y geografía humanas, esta tomado a semejanza del concepto «Cultura del agua» que el grupo

de estudiosos de Zaragoza, con Pedro Arrojo a la cabeza eligió para reivindicar unas formas más racionales de relación con dicho recurso. Al igual que los antiguos despotismos hidráulicos de los imperios del mundo antiguo se apropiaron del control del agua para dominar a sus súbditos, el actual «despotismo territorial metropolitano» controla la vida y el futuro de todos los habitantes, urbanos o rurales, próximos o lejanos.

Ciertas desafortunadas y sensibilizadas formas de vulgarización científica han cargado demasiado las tintas no en la singularidad de este planeta, eso es obvio, sino en mostrar una, digamos, «facilidad» vital en absoluto cierta. Lo cierto, en cambio, es que este «Planeta Azul» tiene cuatro quintas partes de agua, sí, salada y en su mayor parte concentrada en profundidades que son, básicamente desiertos estériles por la ausencia de fotosíntesis y donde unos pocos y raros organismos viven de la lluvia de organismos reventados por la presión que les caen encima. En esa quinta parte emergida viven una mayoría de grupos de seres vivos que se han adaptado a un venenoso oxidante excretado por las primeras bacterias, el oxígeno, salvo unos pocos refugiados en intersticios del suelo anóxicos o en lugares aún más improbables, y todos y cada uno de esos seres dependen de la disponibilidad de agua líquida y relativamente desprovista de sales, aunque la inmensa mayoría está atrapada en forma sólida en neveros y los grandes casquetes polares y otra gran parte en las capas subterráneas frecuentemente inaccesibles. De forma que, en esa ya un tanto exigua quinta parte emergida del planeta convive una biosfera terrestre dependiente de unas casi siempre exiguas disponibilidades de agua dulce. Espacio vital y agua que tienen forzosamente compartir con el éxito desmesurado, medible en miles de millones de individuos de nuestra especie, que ejerce sin embargo presión sobre esos dos recursos, agua y territorio, y el resto no sólo por su simple y abrumadora abundancia sino por su capacidad terrorífica, potenciada al máximo por la tecnología de modificar el medio sin medir previamente de antemano -el principio de cautela no parece incluirse en nuestra dotación genética- sus consecuencias. Este, creo, es el panorama exacto de la situación, y quienes están en la mejor situación para acomodarse a ese empuje no son muchos de los organismos más vistosos, los animales y plantas «superiores», ni tampoco la propia especie que los provoca, quizá la más amenazada, al menos en su for-

⁴ Julian Barnes. Inglaterra, Inglaterra

ma actual de organización económico y social actual, sino los organismos primeros que estaban antes y muy probablemente estén después, las bacterias.

El resultado final de esta situación es que una inmensa mayoría de organismos vivos y todos, repito, todos los territorios, ecosistemas o unidades geográficas, paisajes, etcétera que queramos definir están amenazadas a más o menos corto plazo en las tierras emergidas. Y que esa amenaza global territorial está poco divulgada por dos razones a mi juicio: por un lado, por la mayor difusión de otras amenazas globales paradójicamente más intangibles o, por mejor decir, más difícilmente aprehensibles, como el cambio climático; y por otro, por la descripción desmenuzadamente particularizada de esta amenaza territorial en forma de casos concretos: la desaparición de las selvas húmedas, de los bosques, de los ecosistemas árticos, de las focas, los osos o los cetáceos... Una sola. En este apartado, pues, quiero abordar la amenaza sobre el territorio, así, en genérico singular, particularizándola en su casuística no a territorios más o menos clasificables y edificantes, selvas o manglares, sino al caso de la Península Ibérica.

Por entrar ya directamente en faena, señalaré las seis causas que considero pertinentes, al margen de la causa aristotélicamente final que, lógicamente, es la acción humana; las seis lo son.

1. La desertización demográfica rural; es decir, la despoblación humana del campo y la aparejada pérdida de toda una cultura aparejada, la cultura campesina.
2. La pareja invasión puntual y temporalmente concentrada en fines de semana y períodos vacacionales, de hordas de visitantes urbanos ajenos ya a esa cultura extinta o en extinción a la que, por tanto, no se adaptan, sino que tienden de manera inevitable a adaptar a su cultura portante, la urbana, urbanizándola en el sentido más amplio y a la vez más concreto.
3. La fragmentación territorial, en parcelas cada vez más pequeñas funcionalmente, interrumpiendo flujos de materia y energía e información que los hacía viables y afectando flora y fauna, pero principalmente procesos geodinámicos, por las crecientes infraestructuras y equipamientos de origen urbano que fagocitan el resto del territorio, desorganizándolo.

4. Los desequilibrios territoriales que agudizan los *feed back* positivos y anulan la regulación de los negativos, como los trasvases hídricos a larga distancia
5. El propio cambio climático que ejerce sus efectos sobre los ecosistemas terrestres ya vulnerabilizados, implicado mayores dosis de incertidumbre y mayores cantidades de intercambios de energía implicados entre las cubiertas fluidas de la tierra, atmósfera y océanos sobre el campo de batalla de la Tierra.
6. El abandono de cultivos y de antiguas superficies transformadas por el hombre para la producción de alimentos que eran ejemplos de sostenibilidad, es decir, «éxitos» en la secular y lenta transformación interactiva de los entornos por las anteriores sociedades humanas, en este caso la campesina y sobre todo, la ganadera.

Esa amenaza al «espacio vital» hacia el resto de especies se hace real también contra subgrupos más desfavorecidos de la nuestra como tribus premodernas o, en el caso español, poblaciones campesinas. Por otra parte, la amenaza sobre el espacio vital se concreta en la inviabilidad funcional y fisiológica de los territorios ecológicamente soporte de esas poblaciones humanas, por dos razones:

1. Su abandono provoca la desorganización de sistema o
2. su pequeño tamaño y su insularización resultado de la fragmentación las hace inviables funcionalmente.

Como decía Wittgenstein del psicoanálisis, esa suerte de «ecología» que basa su enfoque en la dicotomía entre hombre y naturaleza es «mala filosofía, poderosa mitología y falsa ciencia».

Finalmente, es curioso constatar como la mal llamada Ecología Profunda (Deep Ecology) que incluye las formas más extremas de misantropía (La especie humana como «parásita» del planeta y el resto de la Biosfera) es simétricamente antagónica del darwinismo mejor entendido y más progresista. Darwin, al señalar la insatisfactoria moralidad del proceso de selección natural llamó «capellán del diablo» (Devil's Chaplain) a la naturaleza: «Qué libro escribiría un capellán del diablo acerca del torpe, despilfarrador, desatinado y horriblemente cruel me-

canismo de la naturaleza».⁵ Darwin, como Huxley y más recientemente Richard Dawkins sostenían que al carácter esencialmente desagradable de la evolución biológica hay que enfrentar la evolución cultural y moral de los humanos y que el progreso ético de la sociedad —incluyendo la preservación del mundo vivo— no depende de imitar los procesos biológicos, mucho menos de huir de ellos, sino de combatirlos. Es decir, el proceso ciego de la evolución ha tropezado, sin quererlo, con su propia negación que, como señala, Dawkins es una negación pequeña y local, sólo una especie, y dentro de ella una minoría de sus miembros que, con la adquisición —precisamente por evolución— de la conciencia reflexiva, pueden oponerse a los mecanismos naturales, crueles y ciegos. El obispo Heber afirmaba que «Todos los paisajes son bellos y sólo el hombre es abominable»; exactamente igual que ese ecologismo furibundo que se reclama «profundo». Pero este mensaje elemental de una naturaleza «buena» frente a unos humanos malvados es justo el opuesto del que nos muestra la teoría evolutiva más depurada: que antropocéntricamente la naturaleza puede en ocasiones evidenciarse «mala» moralmente, pero de ella ha surgido quien se le puede enfrentar y completar éticamente. Una maravilla que tanto los toscos pseudodarwinista spencerianos como los ecologistas autodenominados «profundos» parecen ignorar.

Antes se amurallaban las ciudades; ahora se valla la naturaleza, en ambos casos inútilmente. Una ciudad herméticamente cerrada, asediada, es inviable al cabo de un tiempo; la naturaleza, también. De hecho, las estructuras más importantes de una muralla son las puertas, y la naturaleza también las necesita, porque no soporta un confinamiento impermeable. Ese es el dilema de la actual conservación de la naturaleza basada en los espacios naturales protegidos, islas de buena voluntad pero mala viabilidad en un mar transformado.

Hace 400.000 años surgió en el Viejo Mundo la llamada lasca de Levallois. Durante los milenios anteriores las herramientas de piedra habían ido aumentando, primero lentamente, luego muy de prisa, el número de centímetros de filo por

kilo de materia prima tallada. Al principio la evolución biológica del género *Homo* iba más deprisa que la cultural, luego la tecnología tomó el relevo. Hasta llegar a esas herramientas de doble simetría, bilateral y bifacial, que se laman «bifaces». La lasca con el filo más largo posible, la de Levallois, se realiza en 13 o 14 golpes bien secuenciados.⁶ Igual que una pajarita de papel, que se hace en trece pliegues que no producen nada y en el 14 surge la pajarita. No se repara, sin embargo, que un quinceavo pliegue (o un último y superfluo golpe) la vuelve a destruir. Se me ocurre la metáfora de ese pliegue de más, de esa talla secuenciada y finalmente malograda por exceso, para explicar la desadaptación tecnológica actual del hombre con su entorno: hemos pasado del bocage y las dehesas y de los círculos concéntricos de urbe, ager, saltus y silva romanos a la urbanización actual, del modelo de ciudades inmersas en una matriz menos transformada de gradientes concéntricos sucesivos a los retazos de naturaleza precarios e insularizados actuales inmersos en un entorno totalmente alterado: un pliegue de más, no un pliegue más, un golpe de más que rompe la herramienta suprema, la de la relación y modificación del conjunto del entorno, el territorio, por parte del hombre. La última vuelta de tuerca, que diría el maestro James.

Puede parecer redundante y, por tanto, ocioso, el concepto de «Cultura del Territorio», pero creo poder defenderlo en lo que tiene de honestamente integrador, entre una cultura empírica, la de los saberes campesinos, y una cultura científica, codificada y transmitida de muy distinta forma. Otras nociones, como la de paisaje, ecosistema, territorio e incluso planificación son muy útiles en sus respectivos contextos, pero presentan también problemas y carencias. El paisaje, por ejemplo, con su falsa apariencia intuitiva es, en cierta forma profunda, el producto de un tipo particular de observador, sustraído del mundo del trabajo; al menos del mundo del trabajo que es observado: decía Unamuno que el que está inclinado sobre la esteva del arado no puede alzar la frente sudorosa para recrearse en la belleza del entorno. No es tanto que se trate de una construcción estética como de un punto de vista, que no tenemos porque considerar universal por más que impere hoy dado que hay muchos más turistas ya que campesinos; muchos más observadores que observados. Es el observador ocioso (en ese momento al menos) el que puede permitirse esa distancia en

⁵ Carta de Charles Darwin a su amigo el microscopista Hooker en 1856.

⁶ Yves Coppens *Le Genou de Lucy. L'histoire de l'Homme et l'histoire de son histoire*: Ed. Odile Jacob, Paris, 2.000.

relación con la naturaleza, una representación en cierto modo imaginaria de lo rural.

El ecosistema es otro punto de vista, muy útil cuando tratamos con cuantificaciones de determinados flujos de materia, energía e información, pero poco disponible en multitud de ocasiones y sin pretensiones, salvo para los «convertidos» legos, como los ecologistas, de totalidad en su análisis. Y el urbanismo y la planificación son, sin lugar a dudas, el punto de vista hegemónico de la ciudad frente al campo, aunque sólo sea por el desigual combate que en esta dialéctica impo-

ne la abismal plusvalía de cualquier porción de territorio susceptible de ser construido frente a cualquier otro uso potencial o presente. Sólo la Cultura del Territorio, tal como la entiendo y torpemente he intentado explicar, parece poder integrar códigos e intereses tan dispares sobre un único objeto, fragmentado crecientemente en pequeñas y crecientemente inviables islas del pasado reciente o remoto. La sincronía económica que esta arrasando con la diacronía, esto es, la historia de toda la superficie emergida de este planeta. Y si no, al tiempo

La revista ***Ecología Política*** en América Latina
Números actuales y atrasados disponibles en

COLOMBIA

Siglo del Hombre

Avda. 32, N° 25-46/50

Tels. 337 94 60 - 344 00 42 - Fax 337 76 65

Santa Fé de Bogotá

edicionsiglo@007mundo.com

ECUADOR

Libri Mundi

Juan León Mera, 851 - P.O. Box 17-01

Tel. 52 16 06 -3029 Quito

librimu@librimundi.com.ec

GUATEMALA

Sophos

Avenida La Reforma 13-89, Zona 10

El Portal - Local 1

Tels. 332 32 42 - *331 63 11 - *334 67 97

Fax 334 68 01 - Guatemala

sophos@gold.guate.net

MÉXICO

Editorial Juventud SA de CV

Herodoto, N° 42 - Tel. 203 97 49

Colonia Anzures

11590 México, D. F.

juventud.mex@ghmmexico.com

PUERTO RICO

Merino y Sánchez

Avda. Las Palmas 1.108, Pda 18

Tel. 723 78 27

03938-0024 San Juan

merinoysanchez@excite.com

VENEZUELA

Euroamericana de ediciones

Avda. Francisco Solano

Edif. Lourdes, piso 4, ofic. 11 - Sabana Grande

Tels. 761 22 89 - 763 02 63

Fax 762 63 58 - Aptdo. de Correos 76296

1070 Caracas - Venezuela

warpediciones@cantere.net.